

Otro escollo, otro exceso hay en referirlo todo al individuo, á su perfeccionamiento, y considerar como indiferentes las instituciones sociales. Esta era la tendencia del estoicismo, y la doctrina cristiana ha reproducido en ciertos respectos los errores de los estoicos. ¿Qué importaba á Epicteto ser esclavo? No era menos libre en su foro interno, pues que se había emancipado de la tiranía de las pasiones. ¿Qué le importaba al cristiano el despotismo del imperio? Ciudadano de la Jerusalén celeste, extranjero en este mundo, su misión estaba cumplida cuando había asegurado la salvación de su alma. Los cristianos como los estoicos olvidaban que el hombre es tanto un ser sociable por su naturaleza como un ser dotado de razón; y pues que debe vivir en el estado de sociedad para desarrollar sus facultades, ¿no es trabajar por su perfeccionamiento perfeccionar las instituciones sociales? Que un Epicteto se perfeccione á pesar de las cadenas de la esclavitud es una rara excepción; al lado de él había millares de desgraciados á quienes la servidumbre degradaba, y que, asimilados á los brutos, acababan por parecérselos. ¿No corrompe, además, la esclavitud tanto al amo como al esclavo? Un gran progreso se ha cumplido, pues, en la moralidad cuando se han roto las cadenas del esclavo; y lo que es verdad de la esclavitud lo es igualmente de todas las instituciones viciosas.

Así hay acción y reacción de la sociedad sobre el individuo y del individuo sobre la sociedad. Trabajen los hombres en su propio perfeccionamiento, y la sociedad seguirá este progreso, modificando sus instituciones á cada progreso cumplido por sus miembros; que sólo es estable y definitivo el progreso social cuando en el progreso individual se funda. Si las sociedades europeas marchan de revolución en reacción, del grandioso movimiento del 89 á los golpes de Estado que confiscan las conquistas del 89, ¿no será porque el progreso social ha excedido al progreso individual? En cuanto esto acontece falta una base sólida, y el edificio se derumba como sobre movediza arena construido. Mas también ejerce la sociedad acción sobre el individuo. Compárense un Estado en que la libertad esté garantizada y un gobierno despótico: aquí las almas se hallan rebajadas, envilecidas, mientras allí se elevan y ennoblecen. Verdad es que para esto se necesita el concurso activo del individuo; que en vano proclamaría una constitución todas las

libertades imaginables si los espíritus están encadenados por la superstición y las almas degradadas por la ignorancia, en cuyo caso no sería la libertad política más que una amarga irrisión, cuando no una vergonzosa explotación de la estupidez humana.

Hasta aquí marchamos apoyados en los hechos. El lazo entre el individuo y la sociedad suscita todavía otra cuestión más difícil, pues que es más del dominio de la fe que de la historia. El individuo trabaja en el progreso social: ¿se aprovechará de un progreso que no se cumplirá sino después de su muerte? Y si no se aprovecha de él, ¿no es sacrificar el individuo al todo y caer en una especie de panteísmo social en que el individuo desaparece para no quedar subsistente más que un solo ser, la humanidad? La cuestión es grave. Esta aparente absorción del individuo en la especie ha alejado de la doctrina del progreso á los pensadores que se preocupan ante todo del desarrollo individual; y si realmente debiera conducir el progreso á anular al individuo, ¿no sería absurdo seguir hablando de progreso? Es preciso, pues, abordar el problema, á pesar de su oscuridad.

Ocorre desde luego una respuesta que es perentoria. Si los individuos trabajan realmente en el progreso social, es evidente que son los primeros en aprovecharse de sus esfuerzos, aun cuando la sociedad no recoja los frutos sino después de siglos. ¿Es acaso posible contribuir al perfeccionamiento de la sociedad sin perfeccionarse á sí propio? ¿No crece la inteligencia por el mero hecho de ejercer sus facultades? ¿No se eleva el alma cuando trabaja el hombre, sin que tenga la esperanza de recoger el fruto del campo que siembra? ¿No es esa la más pura abnegación, el más noble sacrificio de sí mismo? ¿Cómo decir que el que ejerce actos de inteligencia y de amor se anule en provecho de la humanidad, cuando cumple precisamente su misión de hombre en su más alta significación?

Basta esta respuesta para descartar la objeción. Mas hay otra todavía que se dirige á la fe. Hemos dicho que la filosofía se forma de la vida futura una idea diferente de la que el cristianismo tradicional profesa, pues admite que el hombre continúa después de su muerte su existencia infinita, y que debe, por consecuencia, renacer. En este punto convienen los filósofos que creen en una esencia espiritual. Pero ¿dónde y en qué condiciones tendrá

lugar nuestro renacimiento? La respuesta á esta pregunta es el dominio de la fe. Todo lo que puede afirmar la filosofía es que renacerá el hombre en un medio en que continúe su existencia tal como él mismo la ha desarrollado en su vida anterior; y por tanto, debe ser diferente el lugar, según el desarrollo que cada cual alcanza: puede bien ser la tierra en que vivimos, en cuyo caso es evidente que el hombre se aprovecha directamente de los progresos realizados por la sociedad terrena; puede también ser en otro globo, donde hallemos una sociedad con la cual estemos en relación de sentimientos, de ideas, de tendencias, y entonces no nos aprovecharemos directamente del progreso social que se realiza en este mundo. Mas ¿quiere esto decir que haya sido estéril nuestro trabajo? El hombre no es un ser aislado; un lazo incontestable lo une á la humanidad, y aun es preciso extender este lazo á toda la creación. Existen, pues, relaciones ciertas, aunque desconocidas para nosotros, entre las generaciones que se suceden en esta tierra, como entre todos los habitantes de la inmensidad de los cielos: es una gran familia, en la cual contamos seres que nos son queridos. Si estos amigos, si estos parientes utilizan el trabajo á que nos hemos consagrado en esta vida, ¿quién osaría decir que es vano?

¡Puros sueños! dirán los sectarios del cristianismo tradicional, convirtiendo estos sueños contra la doctrina del progreso, con la cual los identifican. Podrá llamarse sueño nuestra fe; pero el reproche no tiene autoridad en los labios de los que creen en el paraíso y en el infierno, porque entre los sueños absurdos que hayan existido sobresale sin duda la idea que la doctrina ortodoxa se forma de la vida futura: el pasado es un sueño tedioso y el infierno un sueño horrible. Estos sueños se van y es preciso que la teología haga su duelo. En el mismo seno del cristianismo, la creencia de una vida progresiva tiende á reemplazar á la creencia tradicional; y cuando sea general esta fe, no se la llamará ya un sueño. Inspira al presente á todos aquellos á quienes el dogma católico repugna. Poco importan las disidencias de detalle, que son inevitables y no impiden que se reúnan los hombres en una fe común. Una fuerza singular presta esta fe á los que la poseen: teniendo la convicción de su eternidad, son pacientes y fuertes como el Eterno. Hé aquí la fórmula religiosa del dogma de la perfectibilidad; tenemos una eternidad delante de nosotros, y cada

cual hace su propio destino en esta existencia sin fin, y nada se pierde del trabajo á que nos consagramos. ¡Qué móvil más poderoso para excitarnos á trabajar incesantemente en nuestro perfeccionamiento!

§ II.—Los orígenes de la idea del progreso.

I

La creencia en una perfectibilidad infinita es el carácter distintivo del siglo XVIII; pero la idea misma del progreso no data de la filosofía del siglo pasado, se remonta á la antigüedad. Dícese, y nosotros mismos lo hemos dicho, que los antiguos ignoraban la noción de la perfectibilidad, lo cual es cierto, pero con una reserva. Verdad es que no creían en una existencia indefinidamente progresiva de los individuos ni de las sociedades, siendo la opinión general que después de una cierta revolución de los astros volvían todas las cosas absolutamente al mismo estado en que antes se hallaban, y los filósofos aplicaban esta desoladora doctrina al destino de los hombres como á la naturaleza física, de lo cual resultaba que la existencia de los individuos y de los pueblos en esta tierra reproducía eternamente las mismas faltas y las mismas desgracias. Esta extraña concepción se explica, y aun se puede decir que supone, limitándola, la idea del progreso. Siendo el hombre un ser imperfecto y estando ligado su destino á las condiciones físicas de la tierra que habita, debe llegar un tiempo en que la humanidad haya alcanzado el último término del perfeccionamiento á que puede elevarse en los límites actuales de su organización. ¿Qué sucederá entonces? Al descubrir mundos innumerables, la ciencia moderna ha abierto una perspectiva infinita á nuestras esperanzas; pero los antiguos no tenían este dilatado horizonte, y no había otro medio de conciliar la inmortalidad con las leyes de una morada inmutable que hacen renacer á los hombres en condiciones eternamente idénticas.

¿Había á lo menos progreso en cada período de la existencia del género humano? Los antiguos negaban resueltamente el progreso moral. ¿Quién no conoce los tristes versos de Horacio? "Nuestros padres, más malos que sus progenitores, han engendrado hijos más perversos, de que nacerán luego otros peores." Empero hay en el hombre un

instinto profundo y un deseo insaciable de perfección; y no concibiéndola los antiguos en lo porvenir como término ideal de nuestra existencia, la pusieron en la cuna del género humano. De ahí la fábula de la edad de oro que cantaban los poetas y cuya desaparición lamentaban los pueblos; creencia contraria á la perfectibilidad, pues que supone una degeneración que va creciendo hasta que una revolución física viene á renovar el mundo. Era imposible á los antiguos concebir una humanidad perfecta, porque la cuestión del progreso se reduce, en definitiva, á un punto de hecho; y para que los hombres lo conciban, se necesita que tengan detrás de sí largos siglos que puedan comparar con aquel en que viven, lo cual era imposible en la antigüedad. Por vieja que fuese ya la tierra, parecían á los antiguos enteramente joven; en el aislamiento en que vivían, ignoraban hasta la existencia de los pueblos que cubrían el globo. Faltábanles los términos de comparación; no podían, por tanto, elevarse por cima de las miserias de la vida presente, y era bien natural que se creyesen nacidos en una edad de hierro, cuando la fuerza reinaba por todas partes con las calamidades que forman su cortejo.

Hubo, sin embargo, una esfera en la cual se abrió paso la idea del progreso, la de la ciencia. Apareció en Grecia un hombre de un espíritu universal, filósofo, naturalista, político. Al comparar Aristóteles el estado á que la ciencia había llegado en su época con los imperfectos ensayos de sus predecesores, reconoció que existía un progreso: con su admirable espíritu de observación, reparó que la verdad no se descubre sino sucesivamente, que nadie la alcanza por completo, pero que nadie tampoco falta á ella enteramente. Cada filósofo explica algún secreto de la naturaleza; y si lo que cada cual en particular añade al conocimiento de la verdad es nada ó bien poco, sin duda la reunión de todas las ideas ofrece importantes resultados. Aristóteles aplica estas consideraciones á todas las ciencias, y á todas, dice, aprovecha la innovación. Ahora bien, la política es también una ciencia, y debe, por consiguiente, irse perfeccionando. Cosa digna de notarse y que viene en apoyo de lo que acabamos de decir, el filósofo griego invoca el testimonio de los hechos: "Las leyes antiguas eran sencillas y bárbaras hasta el extremo... Nuestros primeros padres se parecían probablemente al vul-

go y á los ignorantes de nuestros días," (1). Hé ahí, pues, el progreso científico y aun el germen del progreso social.

Los Romanos no estaban tan bien dotados como los Griegos en cuanto á los dones de la inteligencia; pero gracias á sus conquistas adquirió su espíritu una amplitud que no podían tener los Griegos en sus estrechas ciudades. No debe por esto extrañarnos hallar en Cicerón un sentimiento vivísimo y decidido del progreso en el dominio de la filosofía. Á las objeciones del escepticismo académico responde: "Admitimos que en la infancia de la filosofía, cuando estas materias eran enteramente nuevas, hayan balbuceado los hombres; pero después de tantos siglos, con ayuda de tantos genios de primer orden, de tanto estudio y tanta aplicación, ¿no se habrá hecho ningún descubrimiento?" La afirmativa era la opinión de Cicerón, que se mostraba partidario decidido de los modernos: "Las cosas más nuevas son ordinariamente las más exactas y las más seguras," (2). De aquí á concebir esperanzas, si no ilimitadas, muy grandes á lo menos, en lo porvenir, no había distancia. Leyendo á Séneca se creería oír á un filósofo del siglo XVIII: "No nos extrañemos, dice, de no conocer á Dios. ¿Cuántos seres que existen en la tierra se han revelado por primera vez á nuestro siglo, cuántos nos son desconocidos todavía que los siglos futuros descubrirán á su vez! ¿Cuántas conquistas están reservadas á las edades futuras, cuando haya desaparecido para siempre nuestra memoria! Hay misterios que no levantan en un día todos sus velos. La naturaleza no revela á la vez todos sus secretos. Nos creemos iniciados, y no estamos sino en el vestibulo del templo. La verdad no viene á ofrecerse y á prodigarse á todas las miradas; se oculta y se encierra en lo más profundo del santuario. Nuestro siglo describe un aspecto; los siglos que sucedan contemplarán los demás," (3). Plinio el naturalista abraja la misma convicción, con una confianza más ilimitada todavía en lo porvenir: "¿Cuántas cosas se consideraban imposibles antes de que se hubieran realizado! Tengamos, pues, la firme confianza de que los siglos se van perfeccionando incesantemente," (4).

(1) ARISTÓTELES, *Metafísica*, lib. II, *inicio*;—*Política*, II, 5.

(2) CICERÓN, *Academia*, I, 4; II, 5.

(3) SENECA, *Quæst. Natur.*, VII.

(4) PLIN., *Hist. natural*, XIX, I, 4.

II

No habían visto los antiguos una de esas inmensas revoluciones que trastornan el mundo para renovarlo. Nosotros consideramos hoy el cristianismo como la señal más patente de un desarrollo progresivo de la humanidad. ¿Habrá que inducir de aquí que Jesucristo inauguró el dogma de la perfectibilidad, y que no hizo el siglo XVIII más que continuar la tradición cristiana cuando creía combatirla? La cuestión es difícil en sí misma, y todavía vienen á oscurecerla las pasiones religiosas. Oigamos ante todo al cristianismo primitivo. Jesucristo predicó la regeneración moral; y si, como es probable, el discurso de la Montaña es suyo, ponía las exigencias de su ideal de perfección muy por encima de la Ley Antigua. En las famosas antítesis de aquel discurso existe, como lo hemos dicho en otra parte (1), el germen del progreso, á lo menos en el orden moral. ¿Quiere esto decir que el Cristo revelara el dogma de la perfectibilidad? Afirmarlo sería alterar la historia, como lo hacen los defensores de la Iglesia. Con ser el cristianismo un inmenso progreso en la vida de la humanidad, es dudoso que Jesucristo tuviera conciencia de la revolución que inauguraba. El maestro y sus discípulos estaban imbuidos de la creencia de que el fin del mundo estaba próximo: ¿Cómo habían, pues, de creer que el Evangelio fuera el principio de una nueva era? Todo lo que hay derecho para afirmar es que el Cristo predicaba una reforma moral, reforma que se ha cumplido en los límites de la imperfección humana. Y este es un hecho de una gran transcendencia, porque, en efecto, el progreso moral y religioso es el único que encuentra aún contradictores en nuestros días. Opongámosles con confianza el discurso de la Montaña y la revolución que produjo. Con este título puede contarse á Jesucristo entre los reveladores de la creencia del progreso, aunque ésta tienda á traspasar la ley de salvación que aquél anunció.

La idea del progreso dió un nuevo paso cuando la buena nueva entró en lucha con la gentilidad. Los partidarios del cristianismo tradicional se llaman hoy los conservadores por excelencia; y cosa singular, los primeros discípulos del Cristo pasa-

ban por revolucionarios, y lo eran. Los paganos eran los verdaderos conservadores; si se les hubiera escuchado, sería hoy todavía la sociedad lo que era bajo los Césares. Acusaban á los cristianos de ser los peores de los novadores; los cristianos tuvieron que defenderse, y no lo podían hacer sin contradecir la inmutabilidad antigua, lo cual los ponía en camino de un desarrollo sucesivo de la humanidad. Esta lucha del cristianismo contra la gentilidad inspiró á los Padres de la Iglesia sentimientos é ideas que no rechazarían los partidarios del progreso (1); mas sería hacer á los Santos Padres un honor que no merecen, y que ellos mismos rehusarían, transformarlos en defensores de la perfectibilidad del espíritu humano.

Desde luego, el progreso realizado por el cristianismo era exclusivamente moral ó religioso, y los Padres de la Iglesia habrían rechazado con indignación la idea de un progreso material, pues que maldecían la materia como el dominio de Satanás. Si el acrecentamiento de la riqueza, si la explotación de la naturaleza hubieran podido paralizarse, el cristianismo lo habría hecho. Y no era más favorable á la ciencia humana la nueva religión: los más consecuentes entre los discípulos del Cristo condenaban la ciencia, por lo menos como inútil, y los más fogosos llegaban hasta á execrar la filosofía como la obra del demonio. Si se hubiera escuchado á los cristianos, se habría rebajado la filosofía, la más alta expresión de la ciencia, al papel de sierva de la teología. En cuanto al progreso social, ni siquiera cuestión podía haber en la doctrina cristiana: ¿No había Jesucristo abandonado el mundo político á César? ¿No había el apóstol de los gentiles consagrado y santificado la esclavitud? ¿No legitimaban los Padres de la Iglesia el poder de los reyes atribuyéndolo á Dios, aun á la sazón en que degeneraba en un despotismo monstruoso? Quedaba, pues, sólo el progreso religioso. Hoy el progreso nos parece evidente; pero lo que nosotros llamamos progreso es casi un sacrilegio para los verdaderos cristianos. Si existe una revelación milagrosa de Dios, no cabe tratar de progreso; que sería, bajo este punto de vista, absurdo é impío calificar de progreso la verdad absoluta que Dios mismo comunica á los hombres. Y tan es así, que los cristianos no admiten siquiera que el cris-

(1) Respecto del dogma del progreso en el cristianismo, véase la parte cuarta de estos *Estudios*.

(1) Véase el *Estudio sobre el cristianismo*.

tianismo había sido preparado por la antigüedad, salvo por la revelación de Moisés; y aun aquellos mismos Padres de la Iglesia, que celebran la filosofía griega como una educación providencial de la gentilidad, tienen buen cuidado de ligarla a la ley antigua, diciendo que estaba tomada ó era un plagio de la Sagrada Escritura.

Si no ha habido progreso de la antigüedad al cristianismo, menos puede haberlo todavía después del advenimiento del Cristo, que es la última revelación y durará hasta la consumación de los siglos. Empero tal es la necesidad del progreso, que se abre paso hasta en el seno del dogma inmutable de la Iglesia católica. "¿No hay progreso en la Iglesia del Cristo?", pregunta Vicente de Lerins. "Lo hay y mucho; y ¿quién sería tan envidioso del bien de los hombres y tan maldito de Dios para impedirlo? Pero que sea progreso y no cambio." Estas palabras son significativas; consignan juntamente la necesidad del progreso y la imposibilidad de satisfacerlo en que se halla la Iglesia. En efecto, ¿cómo puede haber progreso sin cambio, sin innovación? Ahora bien, el catolicismo no admite innovación; ese mismo Vicente de Lerins, que enseña que hay progreso en la Iglesia de Cristo, sienta el famoso principio de que todo lo que es nuevo es herético. Esta es la máxima que Bossuet opone constantemente a los protestantes, máxima que condena radicalmente toda reforma de las creencias cristianas. ¿Qué es, pues, el progreso que se cumple en el catolicismo? Es el desarrollo de la verdad revelada por Dios; y, por consecuencia, es siempre la misma verdad, pero vista con mayor claridad, entendida de una manera más perfecta. Una religión revelada no puede admitir otro progreso. ¿Cómo conciliar esta inmutabilidad con la ley de perfectibilidad que rige a la creación? El progreso se cumple, y, dígame lo que quiera, hay innovación, pero se la encubre con el nombre de desarrollo, como tendremos ocasión de probarlo, y queda siempre la inmutabilidad del dogma católico como una barrera que se opone al perfeccionamiento. Si, a pesar de esto, se realiza el progreso, es en cierto modo a escondidas; y en caso necesario, se le niega para salvar la verdad revelada. No es así como la filosofía entiende el progreso; no cree en una última palabra de Dios; y lejos de temer la novedad, la acepta y la provoca; es el único medio de hacer adelantar la humanidad.

Si el cristianismo tradicional se opone a un verdadero progreso en el dominio de la religión, si en toda innovación ve una herejía, menos todavía puede aceptar el progreso individual. Verdad es que Jesucristo pronunció esta sentencia profunda, que es como una excitación constante al perfeccionamiento. *Sed perfectos como vuestro Padre que está en los cielos.* Pues que el hombre, ser imperfecto por su esencia, debe acercarse incesantemente a la perfección del Creador, tiene que cumplir un trabajo infinito de perfeccionamiento. Hé ahí, pues, en apariencia el progreso, y el progreso ilimitado. Pero sucede con el progreso individual como con el progreso religioso; no se produce por el trabajo del hombre, y no puede haber, por tanto, cuestión de perfectibilidad, porque así como no hay progreso cuando Dios revela la verdad al mundo por vía de milagro, tampoco lo hay cuando el individuo recibe la luz sobrenatural de la gracia. Los filósofos admiten también una inspiración divina, una educación providencial, pero es por la mediación de la humanidad; siendo la razón el instrumento del perfeccionamiento individual como del progreso social. Imposible es que el cristianismo acepte el progreso así concebido, porque a sus ojos la razón está corrompida, viciada eternamente por el pecado original.

Oigamos a un escritor reformado, cristiano sincero y espíritu elevado: "Si el hombre, dice Vinet, se hace esencialmente mejor a medida que la humanidad avanza en edad, no se puede hablar ya de caída ni de redención; y arrancada esta sola piedra, se derrumba la bóveda." (1). Si se toma en serio, el pecado original es la radical negación del progreso individual; y si no hay progreso individual, ¿qué será del progreso social? Afortunadamente se hacen componendas con el dogma. San Agustín no reconocería ya su creencia en la de los neocatólicos, pues tan bien se ha desarrollado, que no queda de ella más que el nombre. El progreso se produce, pues, en el seno del cristianismo tradicional, pero hay que confesar que es a pesar de la doctrina. Y esto no basta. La humanidad tiene una sed insaciable de progreso; necesita una fe que satisfaga esta necesidad de su naturaleza, mientras que el cristianismo la rechaza; hé ahí por qué es la Iglesia incapaz de presidir por más

(1) VINET, *Pédagogie, la Famille et la Société*, p. 303.

tiempo a la educación del género humano. Los protestantes avanzados lo reconocen, y por eso han inscrito el progreso en su bandera. Este mismo sentimiento se ha producido más de una vez en la Iglesia ortodoxa, pero ha sido rechazado siempre como una herejía. Apoyándose en una expresión del Cristo, creía Tertuliano que vendría a reemplazar al Evangelio una religión más perfecta, la del Espíritu Santo; pero Tertuliano era hereje. Orígenes, tan filósofo como cristiano, trató de romper la fatal barrera del pecado original y de hacer participar a todos los seres creados de la ley de la salvación; mas su doctrina fué condenada. Así, sea cualquiera la forma bajo la cual se considere la idea del progreso, resulta incompatible con el cristianismo histórico; y todo lo más que se puede decir es que se halla en germen en la enseñanza del Cristo y en los desarrollos que dieron a ésta los Padres de la Iglesia. Pero hay en el dogma ortodoxo obstáculos insuperables que impiden que el germen produzca los frutos que la humanidad desea, y ha sido preciso, para que se haya admitido la creencia de la perfectibilidad, romper con el cristianismo oficial, reconocer que el Evangelio no es la última palabra de Dios y proclamar que no hay ni caída ni redención: es decir, que el progreso es un principio filosófico y no un principio cristiano.

III

La edad media es esencialmente cristiana, y pudiera por esto parecer imposible que se manifestara en ella la idea del progreso (1); pero tal es el poder de esta ley que rige a la humanidad, que los hombres la obedecen, a pesar de sus preocupaciones. En vano juraban los escolásticos por la palabra de su maestro, el gran doctor del Occidente; se separaban del rigor del dogma agustiniano creyendo seguirlo fielmente. No les impide el pecado original enseñar que el progreso es una ley universal y que habría regido al mundo aun cuando aquella caída no hubiese existido. No hallan dificultad alguna en aplicar el principio de un desarrollo progresivo en las ciencias y en las instituciones civiles; pero en el dominio de la fe, se ven

(1) Respecto de la idea del progreso en la edad media, véase la parte octava de estos *Estudios*.

obligados a detenerse ante el dogma de la revelación. Siguiendo, sin embargo, las huellas de Vicente de Lerins, introducen el progreso de soslayo; dicen que la fe es idéntica y que no cambiará jamás, pero que la inteligencia de la fe crece y aumenta en las edades sucesivas de la humanidad, lo cual es en el fondo una fe progresiva, pues que una fe que comprendemos mejor que los que nos han precedido nos descubre una faz de la verdad que ellos no veían, y es por tanto una fe distinta de la suya, una fe nueva.

Fácil sería probar que la escolástica ha innovado en la fe, aun creyendo que profesaba la misma que San Agustín; pero este cambio se produjo sin que de él tuvieran conciencia los pensadores cristianos, pues respetaban demasiado la tradición para atreverse a confesar que se alejaban, por poco que fuese, de la doctrina de los Santos Padres. Hubo, sin embargo, un hombre que tuvo esta temeridad: Rogerio Bacon enarboló intrépidamente la bandera de la innovación; a sus ojos no tenía ningún peso la autoridad de los antiguos, y mostrábase dispuesto a rechazar una opinión por el solo motivo de ser antigua. Rindamos nuestro tributo de admiración al pobre monje que pagó con su libertad la audaz independencia de su espíritu. Tenía realmente el instinto de la perfectibilidad infinita: "La verdad, dice, crece siempre con la gracia de Dios. Ciertamente es que jamás llega a la perfección el hombre, pero va siempre perfeccionándose." Estas palabras podrían ser suscritas por un filósofo moderno; mas no tenían para Bacon el amplio sentido que hoy pudiéramos darles. No pensaba en modo alguno en el progreso religioso, ó, por mejor decir, lo negaba; la Escritura contiene a sus ojos toda la sabiduría, es para él la última palabra de Dios. El monje del siglo XIII era exclusivamente un hombre de ciencia, y de la ciencia esperaba progresos cada día más grandes: "Los últimos escolares, dice, sabrán un día lo que ignoran los más sabios de mi tiempo." Esta opinión es exacta; pero Bacon no veía, ni como cristiano podía ver, que si la ciencia va creciendo, debe también la ciencia de Dios acabar por transformarse, so pena de pensar que los estúpidos monjes que, a título de hechiceros, aprisionaron a Bacon tenían de Dios la misma idea que Newton y Leibnitz.

La edad media, que ordinariamente se representa como inmóvil, removi6 muchas ideas que